

NOTA.

« En este pasaje quiso expresar el Apóstol los nobles sentimientos de una alma llena de confianza, que mira todas las pruebas de esta vida como demasiado débiles para hacer titubear su fe y su constancia. »

REFLEXIONES.

¿Quién nos separará del amor de Jesucristo? Nada hay mas natural que esta conclusion que saca san Pablo; y lo que pasma es que esta conclusion no esté en el corazón y en la boca de todos los fieles. Jesucristo murió por todos: es, á mas de esto, nuestro mediador en el cielo; ¿quién nos separará, pues, de su amor? ¿Podemos tener motivos mas justos, mas obligatorios, mas interesantes, mas fuertes, ora se consideren sus beneficios, ora se atienda á lo que se merece su persona? ¿temeremos padecer por quien no ha rehusado morir por nosotros? No, Señor, al acordarme de lo que padecisteis, me parece sentirme con bastante ánimo, mediante la ayuda de vuestra gracia, para desafiar á todos los males á que no son capaces de separarme jamás de vos; dadme asimismo fuerzas para triunfar de los deleites mas lisonjeros, y mas temibles todavia que los mismos tormentos. Un cristiano debiera preguntarse á menudo á sí mismo: lo que el mundo tiene de mas amable ó de mas terrible ¿podrá separarme de Jesucristo? Si para hacer una brillante fortuna no fuera menester mas que cometer un pecado secreto, ¿permanecería yo fiel? Lo que su corazón le responda entonces, le hará conocer si ama á Dios. Si el corazón hubiera de hablar lo que siente, ¡oh, cuánto es de temer que Jesucristo reconociera pocos siervos fieles! ¿hay necesidad de semejantes pruebas para descubrir la flaqueza de nuestro

amor? ¿por ventura no muestra bastantemente ser semejante á esos fuegos artificiales, que el menor soplo apaga, á esas flores tiernas y delicadas, que á la menor escarcha se marchitan y se queman? Nada mas ruin, nada mas débil que nuestro amor al Salvador: juzguémoslo por nuestra indiferencia, por nuestro poco respeto en el templo, por nuestra poca solicitud por agradarle; añadamos, por nuestra espantosa serenidad despues de haberle ofendido. Esto aturde y repugna á todo espíritu cristiano; esto parece increíble á los mismos bárbaros. Jesucristo posee y tiene en sí solo todas las calidades y perfecciones capaces de mover y ganar todos los corazones: Jesucristo es nuestro Dios, nuestro Redentor, nuestro Rey, nuestro Mediador, nuestro Salvador, nuestro Padre. Nosotros no ignoramos lo que ha hecho por nosotros; ¿no ha hecho bastante? ¡Ah, que por ganarnos y obligarnos á amarle, ha hecho mas de lo que podemos creer! ¡y con todo esto nosotros no amamos á Jesucristo!

El evangelio es del cap. 24 de san Mateo, y el mismo que el dia XI, pág. 250.

MEDITACION.

SOBRE EL AMOR QUE DEBEMOS TENER Á DIOS.

PUNTO PRIMERO.

Considera que es cosa extraña que tengamos necesidad de qué se nos pruebe que debemos amar á Dios; y que haya sido necesario imponernos un precepto de amar á un Dios infinitamente amable, y que nos ama infinitamente, y esto bajo las mas graves penas: pero lo que todavia pasma mas, lo que repugna á todo entendimiento que no ha perdido la razon, es que con todas estas razones tan convincentes que tenemos para amar á Dios; con este man-

damiento tan expreso y tan positivo de amar á nuestro Dios; con el conocimiento de todas las dichas y de todas las horribles penas que caerán sobre todos los que no hubieren amado á Dios; este Dios tan bueno, tan poderoso, tan justo, tan benéfico, no sea amado. Hé aqui una cosa que parece tan incomprendible como la misma eternidad. ¡Qué, hemos de conocer el sumo bien, la fuente de todos los bienes, el solo verdadero bien, y no le hemos de amar! Es preciso, Dios mio, que seais bien poco conocido, cuando tan pocas gentes os aman: es preciso que el corazon del hombre sea muy perverso, si, conociendo á Dios, no le ama. Si Dios no nos hubiese mandado expresamente que le amásemos, quizá se podría decir que el no sentir esta extrema ternura para con él es una especie de respeto que le tenemos. Pero pues nos permite, y aun nos manda que le amemos, ¿quién puede dejar de amarle? ¿qué cosa hay en todo el universo, en todas las criaturas existentes y posibles; qué cosa hay capaz de mover nuestro corazon, que no la posea Dios eminentemente? Grandeza, hermosura, poder, bondad, vosotras no sois en todos los objetos criados sino unas sombras muy imperfectas. Dios solo es grande, hermoso, poderoso, bueno. En las criaturas las cualidades amables están divididas en diferentes sugetos, y regularmente están acompañadas de tantos defectos, que por lo comun no gustan sino de lejos: Dios solo tiene todas las perfecciones sin mezcla alguna que pueda desagradar. Cuanto mas de cerca se le ve, mas se le admira. No hay cosa en él que no te mueva y no te lleve á amarle. Entre los hombres la majestad inspira respeto; pero no siempre gana los corazones: en Dios su infinita grandeza le hace todavía mas amable. El entendimiento se pierde en este océano infinito de perfecciones puras é infinitas; pero el corazon del hombre encuentra en él su verdadera felici-

cidad. Así lo que hace la suma bienaventuranza de los predestinados en el cielo, es el ver á Dios y poseerle; de aquí nace aquel amor divino que llena de gozo, de dulzura, de paz y de inefables delicias á los hombres y á los ángeles. Se puede decir que los bienaventurados en el cielo no son sino entendimiento y corazon, para no conocer ni amar sino á Dios. ¡Oh, qué consuelo! ¡oh, y qué satisfaccion la que produce este amor! ¿Y porqué no comenzaremos desde esta vida á gustar la bienaventuranza de los santos, amando á Dios de todo corazon?

PUNTO SEGUNDO.

Considera que el amor de las criaturas es una pasion inquieta y turbulenta, que hace al corazon esclavo, y le sujeta á otras mil pasiones; pero el amor de Dios es dulce y tranquilo, extingue las pasiones desordenadas, sacia el alma, y la pone en aquella dichosa libertad de que gozan los hijos de Dios. Por mas que hagamos, por mas amable y cabal que sea el objeto á que se aficiona nuestro corazon sobre la tierra, no es capaz de hacernos dichosos un solo momento. ¡Oh, y cuántos accidentes adversos, cuántas mudanzas no previstas, cuántos reveses, cuántos trastornos de cosas turban todos los dias nuestro reposo! El temor, ó por mejor decir, la seguridad de perderlos un dia nos sobresalta é inquieta continuamente. El amor de las criaturas es inseparable de la inquietud, del pesar y de la tristeza. Vos solo, Dios mio, que sois toda mi felicidad, vos solo podeis ser mio todo el tiempo que yo quisiere. Ninguna aventura, ningun accidente, ningun poder enemigo puede robarme mi tesoro: no tengo que temer en un objeto tan amable, ni disgusto ni mudanza. Aun en la suposicion que se encuentre un objeto criado, digno de nuestro amor, ¿quién podrá asegurarnos que él nos juzgará dignos

del suyo? Este Dios tan poderoso, tan perfecto, tan amable, no solo no se desdeña de nuestro corazón, sino que se complace en él; gusta, por decirlo así, y quiere hacer de este corazón sus delicias: *delicia mea esse cum filiis hominum*. Un nacimiento oscuro, un entendimiento mediano, una desgracia te hacen el desecho del mundo. Pero sabes que si amas á Dios, este Dios te mira con ojos de complacencia. Los grandes no hacen caso de tí; pero Dios te ama. Tus rivales, tus envidiosos te aborrecen; pero Dios te quiere: ¿y no amarás á tu Dios? ¿Qué sentimientos de reconocimiento y de amor no se excitarían en nuestro corazón, si supiésemos que el mayor rey del universo nos honraba con su amistad y benevolencia? Vos me amais, Dios mio; todas las cosas me lo dicen; todas me lo prueban; todas me lo demuestran; ¡y yo no os amaré á vos!

Estoy decidido, Dios mio: yo os amaré, Dios de mi corazón; y pongo por testigos al cielo y á la tierra de que no quiero vivir sino para amaros. Haced, Señor, que esta resolución sea eficaz.

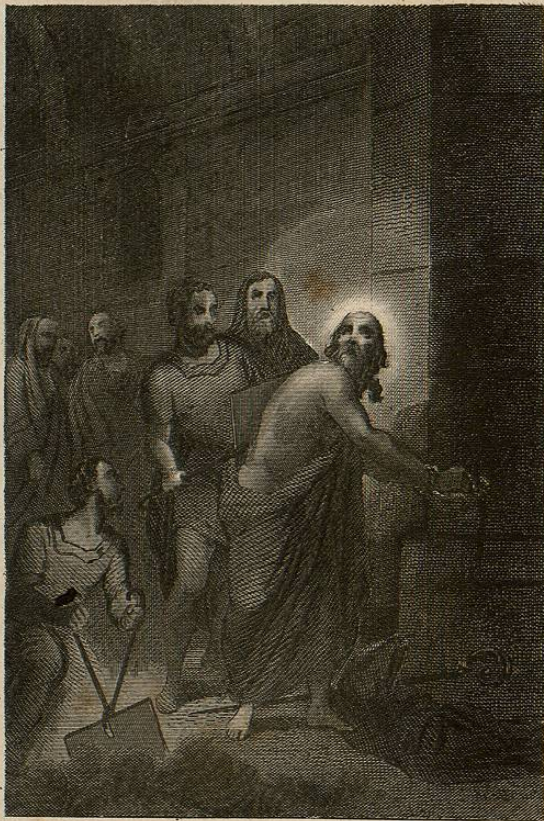
JACULATORIAS.

Diligam te, Domine, fortitudo mea. Salm. 47.
Yo os amaré, Señor, á vos que sois toda mi fortaleza.
Quid enim mihi est in celo, et à te quid volui super terram, Deus cordis mei? Salm. 72.

¿Qué cosa hay en el cielo y en la tierra, Dios de mi corazón, que yo quiera y yo pueda amar fuera de vos?

PROPOSITOS.

1. Acuérdate que toda nuestra felicidad en este mundo y en el otro no consiste, propiamente hablando, en otra cosa sino en amar á Dios; que todos los ejercicios de piedad no sirven sino para



S. LÁZARO, O. Y. M.

hacernos amar á Dios cada dia mas ; y que no tenemos mérito, ni valemos nada si no amamos á Dios. Hé aquí el blanco á que deben dirigirse todas nuestras devociones y ejercicios espirituales. Excitate á este amor de Dios tierno y afectuoso ; acostúmbrete á decir frecuentemente por el dia y por la noche : yo os amo, Dios mio. Procura hacer todas tus buenas obras por amor de Dios. Si visitas los pobres enfermos ó encarcelados , si perdonas las ofensas , si das limosna , haz todas estas cosas como otras tantas pruebas que das á Dios del amor que le tienes.

2. Piensa á menudo en tus meditaciones cuán digno es Dios de ser amado ; cuán infelices son los que no le aman , y cuán felices los que le aman. Convéncete bien que toda nuestra fortuna consiste en amar á Dios, y que sin este amor no somos nada , aunque fuésemos los primeros hombres del mundo : *sine charitate nihil sum*. Enseña frecuentemente á tus súbditos y á tus hijos esta importante leccion : pidele á Dios su amor en todas tus oraciones ; y en cada comunión dile á Jesucristo con san Pedro : *Señor, vos sabeis que os amo* : ó con san Agustin : *Me atrevo á decir, Señor, que estoy cierto que os amo*. Finalmente, haz todos los dias esta bella peticion de san Ignacio : Dame, Señor, solo tu amor con tu gracia , y soy bastante rico , y estoy contento.

DIA DIEZ Y SIETE.

SAN LÁZARO, OBISPO Y MÁRTIR.

San Lázaro , aquel hombre de milagro , á quien Jesucristo llama su amigo , *Lazarus amicus noster* ; y á quien este divino Salvador amaba con una ternura que era conocida de todo el mundo : *Ecce quem amas*,